EL HOMBRE BUENO DEL ZURRON

«Nadie sabe exactamente de dónde era ni cómo se llamaba ni dónde iría. Por su manera de ser y por la forma como trataba a la gente se había ganado el apodo de «El hombre bueno del zurrón».

Es verdad, hombre y zurrón eran indispensables. Durante el día lo llevaba siempre colgado a la espalda y por la noche lo utilizaba como cojín, como si el pobre zurrón le sirviera de libro donde aprendía los nobles pensamientos que le rodeaban.

Tenía este hombre los ojos azules y brillantes y era tan limpia su mirada que era capaz de descubrir inmediatamente las necesidades de la persona con quien hablaba. Entonces ponía la mano en el zurrón y, gracias a su don especial, sacaba lo que en aquel momento era más apropiado para remediar el mal que fuera.

¡Cuántas cosas ingratas encontró al viajar por el mundo y cuánta alegría repartió su zurrón! Se dice que de muy joven, movido por un sentido de ayuda y de servicio hacia los demás hombres, salió de su casa con el zurrón a la espalda y se puso a caminar incansablemente, recorriendo pueblos y ciudades, cruzando bosques y prados, ríos y montañas. Llevaba paz e iba derrochando el bien por el mundo. También es cierto que sufrió penas y contrariedades, pero ninguna de estas cosas le aplacaban la joya de su corazón. Siempre estaba a punto para charlar, fuera con quien fuera, y siempre habiendo descubierto lo que más necesitaban los demás, antes de despedirse, metía la mano en el zurrón y les daba lo más oportuno para curar su mal. No hace falta decir que todo el mundo le estaba muy agradecido. Tampoco faltaban aquellos que querían que se quedara para siempre a su lado. Pero él, deseoso de conocer más mundo y poder curar todas las tristezas, decía:

-«No puedo. El zurrón me pesa mucho y tengo que repartir todo lo que llevo. »

¿Y qué repartía?

En un pueblo muy pequeño donde las críticas de unos contra otros no paraban, les dejó una escoba.

-«Mirad -les dijo-, observo que tenéis muchos tropiezos por las calles, mejor será que en lugar de hablar tanto y tanto, inútilmente, barráis un poco más. Aquí os dejo esta escoba. Lo recoge todo, (sea lo que sea) papeles, basuras, piedras... y también, cosa muy importante, hace desaparecer las palabras mal intencionadas... No la dejéis parar. Que cada día haya un responsable que barra bien las calles. Veréis como todo cambiará. Yo, tengo que continuar mi camino, no puedo quedarme más.»

No estaba muy lejos, cuando la gente del pueblo, después de haber meditado un momento sus palabras, entendió la lección y se puso inmediatamente a ceder la escoba.

En otra ocasión, se encontró con un chico sentado en la cuneta.
-«¿Qué haces aquí?» -le preguntó mientras lo miraba profundamente.
-«Estoy cansado. No puedo más. Este camino es muy pesado. -«Tienes razón, chico. El camino es pesado, pero es que vas mal calzado y por eso no resistes.»
Puso las manos en el zurrón y sacó unas sandalias.

-«Ten, chico. Ponte estas sandalias. Tienen el don de hacer andar siempre hacia delante y con mucho ánimo ¿No sabes que en este mundo no vale quedarse en la cuneta mirando cómo los demás pasan? Anda, ¡Anímate! Haz como yo que no paro nunca. »
El chico se puso las sandalias y se encontró como nuevo, con muchas ganas de andar.
Un día, y después de muchas horas de camino, llegó a una masía perdida en medio del bosque.
-«Buenos días, señora. ¿Me puede dar un vaso de agua, por favor? Vengo de lejos y estoy sediento. »
-«Pase, -le respondió la mujer- pase y siéntese que después de tanto andar, un rato de descanso le irá bien. »
Y mientras le preguntaba de dónde era y adónde iba, puso encima de la mesa el porrón de vino y un puñado de almendras y avellanas.
-«Venga... Antes de beber, tómese algo sólido, no le vaya a sentar mal. »
La señora era un poco mayor, se la veía muy ocupada y andaba con dificultad. No podía esconder que las piernas le flaqueaban. -«Mire -le dijo- yo también me sentaré un rato. ¿Sabe? desde la mañana hasta la noche no paro, y siempre sola, ya lo ve. Cuando los hombres llegan del trabajo, vienen cansados y no tienen ganas de nada, ni de hablar, ni de escucharme. No me hacen caso y yo no tengo a nadie para desahogarme. El dolor de las piernas me impide ir ligera y no me atrevo a. bajar muy a menudo al pueblo, porque tengo miedo de caerme. ¡Ay, de mí! Siempre sola en medio de los animales. ¡Qué vamos a hacer!»
Hablando se les pasó el rato.
-«Bien, señora -dijo el hombre-. Ha estado muy amable conmigo. Me gustaría quedarme más, pero no puedo; tengo que seguir mi camino. »
Metió las manos en su zurrón y sacó un bastón.
-«Tenga. Aquí le dejo este bastón. No lo deje nunca, la hará ir más ligera que cuando era joven.»
Y mirándola profundamente, le sonrió y siguió su camino.

Al anochecer de otro día, llegó a un pueblo en el momento que los trabajadores salían de la fábrica. Se encontró cara a cara con un hombre

preocupado y nervioso por los gritos que sin razón había recibido y por los insultos que le habían dirigido.
-«No hay derecho. Uno hace lo que puede y al final aún te gritan. ¡Qué vida más ingrata!»
-«Cálmate, hombre, cálmate.»

-«Eso es muy fácil decirlo, pero cuando te encuentras en tal situación no es nada fácil, lo puede creer.»
-«Ya lo sé pero no se preocupe tanto.»

Mete la mano en el zurrón y saca un paraguas.

-«Tenga. Ábralo cada vez que alguien le grite, le hable con un tono de superioridad o le digan alguna indirecta... Le ayudará mucho: para los chaparrones de gritos y de palabras injuriosas.»

Así iba por el mundo. Poniendo remedio a los problemas de todos. Pasaron los días, los meses, los años y el hombre bueno del zurrón seguía andando infatigablemente. Llegó a viejo y aún el corazón le quemaba de amor, y cuanto más amor tenía dentro de sí, más lleno sentía el zurrón, y hasta el último día de su vida fue capaz de mantener aquella mirada tan transparente que le permitía leer las preocupaciones que cada hombre llevaba escondidas.

Un día, cuando ya era muy viejo, se encontró con un chico que, como en muchos años atrás, sentía la voz del amor. Habló extensamente y, al despedirse, le entregó el zurrón.
-«Cogedlo amigo mío. Os ayudará a no decaer.»

Aquella noche, el hombre bueno del zurrón se encontró que no tenía cojín para dormir y puso la cabeza encima de una piedra. Durmió plácidamente y soñó que la piedra agradecida, se había convertido en un cojín de hierba fresca. Al amanecer, la hierba se cubrió de escarcha y de cada gota salió una flor... ¡Eran flores con olor divino!

A las primeras luces, el hombre bueno del zurrón se despertó. No había ni piedra, ni hierba, ni flores. Suspiró profundamente, llenó el espíritu de aquel aire tan puro y cerró nuevamente los ojos.

En medio del silencio, sintió cómo el viento lo transportaba al más allá, hacia el país tan deseado, donde no hacen falta escobas, ni bastones, ni sandalias, ni paraguas; hacia ese país donde los auténticamente pobres, los que llegan sin zurrón, son eternamente felices.»

FRANCESCA FONT